

Justo Domínguez, Emilio J., *La belleza del ser humano. Reflexiones desde la teología*, Sígueme, Salamanca 2022. 141 pp., 19x12 cm.

La reflexión teológica contemporánea tiene una significación claramente antropológica. Por eso no es de extrañar que gran parte de la producción teológica actual gire en torno al hombre. Es el caso de este breve ensayo, en donde el autor, que es profesor de teología dogmática en la Pontificia de Salamanca, nos propone unas reflexiones antropológicas desde la teología organizadas en seis capítulos fundamentales, con una introducción previa sobre el misterio del hombre. Estas reflexiones recorren ideas claves del pensamiento antropológico, desde la condición creada del hombre hasta su dimensión teologal, pasando por la noción de persona, aspectos como la fragilidad humana, la dimensión pensamental o su estructura comunitaria y teologal. Un breve epílogo cierra la obra.

Ya en la introducción nos advierte el autor de la condición enigmática e inabarcable del hombre. Ni siquiera el desarrollo especializado de las ciencias naturales ha permitido conocer en su totalidad lo que el hombre es en sí y, por tanto, adquirir un conocimiento propio en aras de resolver las constantes aporías que vertebran su vida. En este sentido, ni la antropología filosófica, la única antropología que existe, según el autor (p.10), puede esclarecer lo que es el hombre, a pesar de su milenario bagaje. De ahí la necesidad de abordarlo desde su dimensión teológica, la que trasluce su naturaleza misteriosa, lo que suscitará nuevas preguntas, más allá de la ciencia y de la filosofía, cuyas respuestas irán encaminadas a la comprensión de lo humano y al esclarecimiento de su identidad.

En ese camino hacia la comprensión del hombre, el inicio no puede ser otro que su condición creatural. Este es el objeto de estudio del primer capítulo. Los relatos de la creación del Génesis no sólo muestran el origen de lo creado, una *creatio ex-nihilo*, sino una diferenciación entre el creador y lo creado; y en esa creación, la cima más alta es el hombre, que es imagen de Dios. Esta condición de *imago Dei* implica una ontología que expresa una axiología radical: el hombre es un ser creado, distinto a Dios, pero hecho a su imagen, por lo que es un valor absoluto, inviolable, digno y libre. Y en cuanto imagen de Dios en Cristo, apunta todavía más allá, pues está abierto hacia los demás (alteridad) y siempre en una tensión escatológica, esto es, con miras a la salvación.

El capítulo 2 aborda la noción de persona, aportación cristiana al pensamiento antropológico medieval, y lo hace desde la analogía con la teología trinitaria. Esto supone una dimensión relacional, única en el hombre, cuyo elemento constitutivo de su ser es, precisamente, el de ser persona. En este sentido, según el autor, «no se puede demostrar que alguien sea persona; simplemente lo es» (p.38). La condición de persona entraña en el hombre la singularidad, lo que implica a su vez categorías ontológicas y morales máximas: el hombre es único, irrepetible, insustituible, original y eterno. La corporalidad humana es la vía de acceso al mundo, a los demás y hacia lo trascendente; es una realidad objetiva y su adecuada vivencia determina la identidad personal. Ser varón o mujer es algo dado, que no se elige y el «oscurecimiento de la diferencia sexual empobrece las relaciones personales en la sociedad» (p.48).

El capítulo 3 trata la cuestión de la fragilidad humana desde categorías filosóficas, como la finitud, la vulnerabilidad, la muerte y el mal. El hombre, ser con ansia de infinitud, conoce su limitación y reconoce su finitud como un atributo esencial de la persona que la abre «a la experiencia del don» (p.66), en donde la alteridad es signo de conversión y amor a lo trascendente. La vulnerabilidad, correlato de la finitud y sujeta a la temporalidad, también expresa apertura al otro y a lo Otro. Lejos de transitar itinerarios transhumanistas, el autor nos propone recomponer este atributo esencial del hombre y vivirla «como encuentro de bondad y amor» (p.71). Algo similar sucede con el mal, experiencia humana que trasluce el pecado y que implica la ruptura

con Dios. La vivencia del mal, sin embargo, apunta a la búsqueda del bien y de su origen, lo que desde la opción creyente, implica la necesidad de encontrar a Cristo como redentor. De ahí que la muerte, situación última de las categorías anteriores, actúa como una invitación a dotar de sentido la existencia atravesada por el acto decisivo de creer en la encarnación del Hijo.

Una expresión cuasi-cartesiana («un ser que piensa») nos sitúa en el cuarto capítulo. El pensamiento del hombre se expresa en la palabra, universal cultural que permite nombrar y describir la realidad con el objetivo de conocerla. El lenguaje, identificador del proceso de humanización, implica el desarrollo de la libertad humana y adquiere su máxima significación en un «contexto social y comunitario» (p.86), en donde se reconoce al otro y su dimensión dialógica. En el diálogo hay un encuentro, un reconocimiento de lo colectivo y de la posibilidad de hallar la verdad. Esa verdad parece mostrarse en la ciencia y, en concreto, en la aplicación de esta ciencia, también llamada tecnología. Pero el ámbito de lo tecnológico está atravesado por un proceso deshumanizador que rompe con el ideal ilustrado de una razón orientada a una praxis liberadora. Se impone, pues, una vuelta al pensamiento auténtico, aquel que se sabe libre, encaminado a la búsqueda de la verdad y que necesita del diálogo para poder posicionarse desde premisas adecuadas. Y la principal premisa es que el hombre es un ser creado que también crea, no desde la nada, sino desde algo dado (la creación) que exige esferas distintas para la realización humana. La dimensión creativa del hombre está orientada hacia la belleza, categoría estética que conecta con la esfera moral, pues determina su praxis vital. En lo bello se encuentra lo bueno y esto «lleva a profundizar en la propia vida y a poder realizarla con mayor humanidad» (p.98).

La reflexión anterior pone de manifiesto la estructura comunitaria del ser del hombre. Esta condición relacional inicia el capítulo 5, que fundamenta esta idea en la tradición filosófica, desde Aristóteles hasta la corriente personalista contemporánea. Pero también tiene un anclaje teológico, pues el hombre es relación en analogía con la Trinidad, cuya esencia está caracterizada por la relación de las personas divinas que la componen. En este existencial humano que supone la relación se expresa la solidaridad del hombre, tanto en las acciones buenas como malas; pero también el destino común, esto es, la persecución de la felicidad. Y ésta, en la óptica cristiana, no es posible fuera de la vida en comunidad, asumiendo la tensión que implica, a veces, el oscurecimiento de la persona dentro lo colectivo y la desaparición de la dimensión comunitaria con la exacerbación del individualismo. Pero no hay que olvidar, como nos dice el autor, que la salvación «tiene forma comunitaria, por lo que Jesús genera comunidad y salva incorporando a su comunión» (p.110).

El último capítulo explora la dimensión teologal del hombre, alojada «en su entraña más profunda» (p.118). El recorrido por las categorías humanas anteriores culmina en la espiritualidad, expresión vital de una vida religada. Esta experiencia de lo divino dota de sentido y fundamento a la existencia humana, orienta la praxis hacia el bien y la belleza, aunque queda condicionada por el pecado, otra experiencia humana inevitable. Solo la realidad de la gracia divina, vehiculada especialmente en los sacramentos, puede recomponer la ruptura con Dios y conectar con el sentido último de la existencia humana: la eternidad. Por eso, «una antropología que integra todo lo existencial, lo corporal y lo espiritual, permite pensar la resurrección como plenitud de lo humano» (p.130). Un breve epílogo cierra la obra. El autor afirma al hombre y resalta la belleza de su ser, expresión máxima de la bondad humana y de la trascendencia divina.

Concluimos recomendando esta breve obra programática, por cuanto permite introducirnos en las cuestiones básicas y cruciales de la antropología teológica. Y si queremos profundizar y seguir reconociendo la belleza del ser humano, el propio autor nos invita a hacerlo con la lectura de un decálogo de referencias bibliográficas reseñadas al final.

Antonio Martínez Macanás